

ÚLTIMA CARTA DE JOHN MAIN (1926-1982)

Escrita en diciembre de 1982. John Main murió el 30 de diciembre de ese año.

Tomada del libro *Monastery without walls. The spiritual letters of John Main (Monasterio sin paredes. Las cartas espirituales de John Main)* Editadas por Laurence Freeman. Canterbury Press, Norwich, 2006.



P. John Main OSB

Los océanos de Dios

En Navidad nos volvemos más agudamente conscientes de la mezcla misteriosa de lo común y lo sublime en la vida monástica, y de hecho, en toda vida realmente cristiana. Es importante, sin embargo, que lo veamos como una combinación, no como una oposición.

Es tentador tratar el nacimiento de Cristo como algo románticamente por fuera del sentido pleno de su vida, algo pre-cristiano. En los ricos y bellos relatos del evangelio de su nacimiento podemos estar tentados a ver esta parte de su vida como meramente consoladora o idílica. Pero es parte del misterio humano, que no hay nada fuera del Misterio. Por la Encarnación, Dios aceptó este aspecto de la condición humana, por lo que el nacimiento y la infancia de Cristo son parte del misterio de su vida, una vida que culminó en la cruz y alcanzó su culminación trascendente en la Resurrección y la Ascensión.

Nuestra meditación nos enseña cuán plenamente cada parte de nosotros tiene que estar implicada en la conversión radical de nuestra vida. Se nos enseña que tenemos que poner todo nuestro corazón en esta obra del Espíritu si vamos realmente a responder a la llamada a salir de las aguas poco profundas y a entrar en el conocimiento profundo y directo que marca una vida vivida en el misterio de Dios. Entonces todo en nuestra vida adquiere esta dimensión de la profundidad de la Presencia divina. Es una tontería buscar "signos" en el camino - es una forma de materialismo espiritual que Jesús reprendió - porque si estamos en el camino, que significa estar en el misterio, en la nube brillante de la presencia de Dios, entonces todas las cosas son signos. Todo media el amor de Dios.

Hay, por supuesto, arte literario en los relatos de la infancia de Lucas y Mateo. Pero esto no quiere decir que los detalles del nacimiento de Cristo no estuvieran cargados de maravilla y misterio para aquellos que estuvieron involucrados en él. Los padres de Jesús "se maravillaban" de lo que se decía de él.

Y María nos enseña cómo esta experiencia de asombro es para ser asimilada "atesorando estas cosas en el corazón". El "corazón" es el punto focal en nuestro ser, donde podemos simplemente estar en el misterio, sin tratar de explicarlo o diseccionarlo.

Un misterio analizado se convierte simplemente en otro problema. Debe ser aprehendido todo entero. Y es por eso que nosotros, que somos llamados a aprehenderlo, nosotros mismos debemos ser unificados en el corazón y la mente.

El misterio que rodea a Jesús era perceptible desde el principio de su vida. No fue hasta su muerte y resurrección que fue totalmente aprehendido, conocido plenamente. Porque hasta entonces no estuvo completo. Nuestra vida no alcanza la plena unidad hasta que se trasciende a sí misma y a todas las limitaciones, al pasar por la muerte. Por eso no comprendemos plenamente el misterio de Cristo, en el que entramos en el misterio de Dios, hasta que nuestra vida esté completa. Empezamos a adentrarnos en él tan pronto como nuestra conciencia comienza a moverse en el interior de la percepción vital y a aprender las leyes de la realidad, aprendiendo a amar y a ser amado. Pero siempre estamos aprendiendo, siempre preparándonos para la plenitud que nos llega a todos.

Hasta que la vida de Jesús pasó por la muerte y regresó en la Resurrección, esta conclusión era una fuente de terror o de desesperación para la raza humana. Ahora se ha transformado. Porque lo que parecía un callejón sin salida ahora ha sido revelado a los ojos de la fe como un puente. Este es el significado oculto del nacimiento de Jesús, su crecimiento a través de la infancia y la edad adulta y su supremo sacrificio de sí mismo en la Cruz. En nuestro principio está nuestro fin. Y así, en el nacimiento de Jesús, la muerte ya comenzó a transformarse.

Todas las intuiciones compartidas por quienes participaron en su nacimiento y sus primeros años se cumplieron en su ministerio y en el misterio pascual. Su vida, como toda vida humana, tiene una unidad oculta y misteriosa. Fin y principio son dos extremos de la cadena de la vida que tuvo lugar en el misterio de Dios y se unieron en el misterio de Cristo.

Nuestra vida es una unidad, ya que se centra en el misterio de Dios. Pero para conocer su unidad tenemos que ver más allá de nosotros mismos, con una perspectiva mayor de la que generalmente vemos cuando el interés personal es nuestra preocupación dominante. Sólo cuando hemos comenzado a salir del interés propio y la auto-conciencia, comienza a abrirse esta perspectiva más amplia.

Otra forma de decir que nuestra visión se expande es decir que llegamos a ver más allá de las simples apariencias, en la profundidad y el significado de las cosas. No sólo la profundidad y el significado en relación con nosotros mismos está involucrado, sino la profundidad en relación con la totalidad de la que formamos parte.

Este es el camino del verdadero auto-conocimiento y es la razón por la cual el verdadero auto-conocimiento es idéntico a la verdadera humildad. La meditación nos abre esta forma preciosa de conocimiento, y nos permite ir más allá de la mera objetividad - simplemente mirando el misterio de Dios en calidad de observadores - y adentrarnos en el misterio mismo.

Este conocimiento se convierte en sabiduría, una vez que hemos entrado en la nube del misterio, ya no por el análisis y la definición sino por la participación en la vida y el espíritu de Cristo.

Así aprendemos por el camino de la meditación lo que no se puede aprender de otro modo, lo que es imposible de conocer siempre y cuando no nos atrevamos a llegar a ser verdaderos peregrinos del espíritu. Seguir este camino es un requisito fundamental de la vida cristiana, que debe ser una vida vivida en las profundidades, en lugar de las aguas poco profundas.

Es por esto que el discipulado cristiano es la culminación de la condición humana. En esta condición el ser humano siempre busca la acción completa, algo que va a evocar todos sus poderes de forma simultánea, centrar y unificar todas las dimensiones de su ser. Hasta que no hayamos encontrado esta acción estamos inquietos, siempre dominados por la distracción o por el deseo de pasar por la realidad a la que sólo esta acción perfecta puede llevarnos.

Naturalmente, si somos verdaderamente humanos sabemos que esta acción es el amor. Sólo cuando vivimos en el amor y del amor conocemos esa milagrosa armonía e integración de todo nuestro ser que nos hace plenamente humanos.

Esta es siempre una práctica más que un estado idílico: quiero decir que la condición humana siempre se compone de debilidades e imperfecciones, ya sea de la personalidad o del medio ambiente.

La encarnación de Dios en la condición humana, sin embargo, absorbe todas estas fallas y accidentes, de tal manera que ya no nos pueden impedir la plenitud del amor. El santo no es sobrehumano sino plenamente humano.

Cada parte de nosotros, incluyendo nuestros fallos y fracasos, se debe incluir en nuestro compromiso con la peregrinación hacia esta plenitud. Nada real se excluye del reino de los cielos. La plenitud humana realista es la experiencia acumulada de permanecer en nuestra peregrinación. Poco a poco los compartimientos separados de nuestra vida se unen. Los separadores de ambiente se desploman y nos encontramos con que nuestro corazón no es una prisión formada por un millar de células individuales, sino una gran cámara llena de la luz de Dios, cuyas paredes son constantemente ensanchadas.

La meditación amplía nuestro conocimiento de Dios porque nos lleva al autoconocimiento, que nos impulsa más allá de la autoconciencia. Conocemos a Dios al punto que nos olvidamos de nosotros mismos. Esta es la paradoja y el riesgo de la oración.

No es suficiente estudiar la paradoja, ya que, como el amor, sólo puede ser conocida cuando se vive de primera mano.

Una vez que hemos comenzado a vivir de ella podemos leer los grandes testimonios humanos del espíritu - el Nuevo Testamento y los clásicos espirituales - desde la misma experiencia. Hasta entonces, sin embargo, no somos más que observadores, a lo mejor, en la espera para comenzar.

No es una paradoja fácil de entender. ¿Cómo se puede captar el espíritu? Ayuda, si reflexionamos sobre la manifestación humana de esta estructura esencial de la realidad. Amar a otros implica algo más que pensar en ellos, incluso más que disfrutar de su compañía, más incluso que sacrificarse por ellos. Se trata de dejarnos amar por ellos. Este es quizás el misterio más conmovedor e impresionante de la Encarnación. Al convertirse en humano, Dios se deja amar dentro del rango humano del amor, como de ordinario lo hace cualquier bebé, niño, adolescente o adulto.

La humildad de Dios dejándose amar en el hombre Jesús es nuestra señal para reconocer la estructura básica de toda la realidad. Nuestro primer paso en amar a Dios es dejarnos amar. La gramática de la lengua es engañosa aquí porque no hay nada pasivo en dejarnos amar. Del mismo modo que no hay nada pasivo en volver nuestra atención fuera de nosotros y nada pasivo al decir el mantra - que son las formas en que nos permitimos ser amados en cualquier relación con otro ser humano o con Dios.

La meditación nos adentra en la relación básica de nuestra vida. Lo hace porque nos lleva a la intimidad con Dios que surge de la realidad eterna del conocimiento y el amor que nos tiene. Al hacerlo, nos llama a la existencia, y el ser humano es en sí mismo una respuesta a la demanda inherente del amor de Dios y de su conocimiento de nosotros. Es la demanda de amarlo y conocerlo. Sin embargo, sólo podemos conocerlo, no como un objeto de nuestro conocimiento, sino al participar en su propio auto-conocimiento, en su vida, su Espíritu. Así somos llevados de nuevo al punto de partida de nuestro ser, el amor y el conocimiento que tiene de nosotros.

Llegamos a conocer y amar a Dios porque permitimos que él nos conozca y nos ame. Permitimos que su conocimiento de sí mismo se convierta en nuestro autoconocimiento. Esa es la alquimia del amor.

El conocimiento de este tipo es seguro e inquebrantable. "Estén arraigados y basados en el amor", escribió San Pablo.

Del mismo modo que las raíces de los árboles sostienen la firmeza del suelo y detienen la erosión, así las raíces del amor sostienen el suelo de nuestro estar unidos. Ellos proveen el contexto en el que vivimos y crecemos. Y cada uno de ellos se remonta a Dios como la primera raíz de todo ser. Las raíces del amor en nuestra vida nos ponen en contexto con él, con nosotros mismos y con los demás. Y ellos nos muestran que ser, es ser en relación, cada uno contribuyendo al otro.

La salud y el equilibrio significan conocer el contexto en el que vivimos. Esta forma de conocimiento nos hace sensibles a la presencia de Dios en todo lo que nos rodea.

La meditación nos enseña la única forma de garantizar, mediante la experiencia, que su presencia no es externa a nosotros. Es interior; es la presencia que hace y mantiene unido el suelo de nuestro ser. Ya no buscamos la presencia de Dios en los aspectos externos de nuestra vida, sino que le reconocemos en ellos, porque nuestros ojos están abiertos interiormente a su Espíritu que mora en nosotros. Ya no tratamos de alcanzar a Dios, de poseerlo. Más bien estamos captados por su presencia, interior y exteriormente, porque sabemos que su presencia lo penetra todo y es el suelo de todo lo que es.

Ser poseído por Dios de esta manera es la única verdadera libertad. La tiranía del amor es la única relación verdadera. Inevitablemente tememos esto, al desarrollarse o surgir durante nuestra peregrinación, porque nuestra imagen de la libertad es tan diferente, tan ingenuamente imaginada como la libertad de hacer, en lugar de la libertad de ser. Pero si tenemos el coraje suficiente de ser simples y humildes para entrar en esta verdadera libertad, entonces descubrimos en nosotros mismos el poder de una fe que es inquebrantable.

La confianza cristiana es el descubrimiento de esta imperturbabilidad, y esta confianza es la base cristiana de la compasión, la tolerancia y la aceptación. Por este descubrimiento nos volvemos maravillosamente seguros en nuestra propia existencia, y esta seguridad nos autoriza a abandonar nuestras defensas y salir hacia los otros.

Nuestra fe es inquebrantable, no rígida, ya que es una sola cosa con el fundamento de nuestro ser. A través de la unión de Cristo con sus discípulos, la fe de él se convierte en su fe y su fe no es un agregado de su ser. Es el aliento de la vida de su espíritu.

Así, la profundización de nuestro compromiso con esta peregrinación significa profundizar el conocimiento que la fe da a luz en el alma. Como se forma Cristo en nosotros, ya que nosotros ya no vivimos para nosotros mismos sino para él, y como su espíritu respira la nueva vida de fe en nuestros cuerpos mortales, llegamos a conocer a Cristo más profundamente. Tal vez suena arrogante decir que llegamos a conocer a Cristo si perseveramos en la meditación. Pero la verdad no es menor que esto.

Venimos a saber lo que es vivir cada momento, cada decisión, la alegría o la dificultad desde dentro de su presencia y por los recursos infinitos de su poder - el poder del amor y la compasión, una realidad inquebrantable.

¿Cómo entramos en esta presencia? ¿Cómo podemos adquirir este conocimiento que está más allá del conocimiento? Debido a que es el conocimiento de lo desconocido, es la presencia que se forma cuando nos permitimos ir más allá de ser un simple lugar propio para hacernos presentes a Dios - ser conocidos y amados en el ser plenamente con él. Al perder nuestra forma, Él se forma en nosotros.

Tenemos que aprender a olvidarnos de nosotros mismos. Nada es más simple de hacer. Es la condición de plena sencillez.

Sin embargo, nada - o eso parece - es más difícil para nosotros. Es tan fácil de aceptar esto en la teoría. Pero en la práctica es tan difícil de vivir y amar como si el otro fuera realmente más importante que nosotros mismos, o como si nuestra primera lealtad fuera realmente no yo, sino el otro.

La mayor dificultad es comenzar, dar el primer paso, para lanzarse a la profundidad de la realidad de Dios revelado en Cristo. Una vez que hemos salido de la costa de nuestro propio yo, pronto recibimos las corrientes de la realidad que nos dan nuestra dirección y el impulso. Cuanto más quietos y atentos estemos, con más sensibilidad responderemos a estas corrientes. Y así, más absoluta y verdaderamente espiritual se vuelve nuestra fe. Por la quietud en el espíritu nos movemos en el océano de Dios.

Si tenemos el coraje de empujarnos fuera de la costa, no podemos dejar de encontrar esa dirección y la energía. Cuanto más lejos viajamos, más fuerte se hace la corriente, y más profunda nuestra fe.

Durante un tiempo, la profundidad de nuestra fe es desafiada por la paradoja de que el horizonte de nuestro destino siempre está retrocediendo. ¿A dónde vamos con esta fe más profunda? Luego, poco a poco reconocemos el sentido de la corriente que nos guía y vemos que el océano es infinito.

Salir de la costa es el primer gran reto, pero sólo es necesario para comenzar a enfrentar el desafío. A pesar que los desafíos pueden llegar después a ser mayores, se nos asegura que se nos dará todo lo que necesitemos para hacerles frente. Comenzamos diciendo el mantra. Decir el mantra siempre es volver a empezar, volver a dar el primer paso. Aprendemos con el tiempo que sólo hay un paso entre nosotros y Dios.

Abrir nuestros corazones al Espíritu de Cristo es el único camino en la certeza de que se ha dado ese paso. Cristo lo ha tomado en sí mismo. Él mismo es el paso entre Dios y el ser humano porque él es Dios y hombre.

El lenguaje que se utiliza para expresar este misterio, el más grande y fundamental misterio de la raza humana y de todos los tiempos, es patéticamente inadecuado - como lo han demostrado las controversias teológicas a través de los siglos.

Ningún lenguaje o concepto o metáfora puede expresar el misterio de Cristo, porque Cristo es la encarnación plena de Dios y no puede haber ninguna expresión adecuada de Dios, excepto su propia auto-expresión. La única manera de conocer a Cristo es entrar en su misterio personal, dejando atrás ideas y palabras. Las dejamos con el fin de entrar en el silencio del pleno conocimiento y el amor a los que la meditación nos conduce a cada uno de nosotros.

Traducción: Marina Müller